

TERCERA PARTE

**Consagración a la Inmaculada:
Con María en la Iglesia**

Lecturas de los escritos de San Maximiliano Kolbe

Continuemos nuestro itinerario de preparación, o profundización, para nuestra consagración a la Inmaculada en la MI, pasando a lo que llamamos la dimensión eclesial de la consagración a la Inmaculada.

Con María en el Cenáculo

Al pie de la Cruz, la escena descrita por Jn 19,25-27 presenta a María tal como nos fue confiada como madre por el Redentor moribundo. En Caná, la Madre dice: "Haced lo que él os diga" (Jn 2,5).

Centraremos nuestra atención en la Iglesia naciente reunida con María, a la espera del Espíritu Santo, después de la Resurrección (Hch 1,14).

María aparece íntimamente unida a la Iglesia que vive en la historia, entonces como en todos los tiempos: en la oración, en la comunión y en la misión. No podemos separar a María de la Iglesia.

El misterio de la una se funde con el de la otra. Los Padres de la Iglesia ya habían subrayado en sus reflexiones el vínculo íntimo que une a María con la Iglesia. San Ambrosio, en particular, afirmaba que todo lo que en la Escritura se dice de María puede decirse de la Iglesia y todo lo que se dice de la Iglesia puede decirse también de María. María es el modelo, la imagen, la anticipación de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II hará especial hincapié en la relación entre María y la Iglesia, sobre todo en relación con su maternidad virginal¹.

Así como María es la Madre que engendra virginalmente al Hijo de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo, así también la Iglesia es la madre que engendra a los hijos de Dios por el Espíritu, mediante la predicación y el Bautismo. Y María no es sólo el modelo de la Iglesia, sino que, de hecho, coopera en el renacimiento de los fieles en la Iglesia y sigue desempeñando un papel maternal dentro de la Iglesia.

María, en la Anunciación, acogió la palabra de Dios y oyó que: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra..." (Lc 1,35).

La Iglesia comparte la misma experiencia en Pentecostés. María y los discípulos reciben el don del Espíritu Santo y a partir de ese momento comienza la maternidad de la Iglesia. El Evangelio será anunciado a todas las naciones. La maternidad de María continúa en la maternidad de la Iglesia hasta el final de los tiempos a través de la predicación y el Bautismo.

El misterio que une a María con la Iglesia hace que nuestra consagración a María sea, en definitiva, una consagración a Jesús en la Iglesia. Pertener a María significa pertenecer a la Iglesia. No podemos ignorar esta dimensión eclesial de la consagración a María.

Si María estaba en el Cenáculo de Jerusalén con la Iglesia naciente, también hoy encontramos a María en la Iglesia que proclama el Evangelio y celebra la liturgia.

Como podemos deducir, consagrarse a María no es simplemente un acto de devoción.

Consagrarse a María significa comprometerse a ser un miembro activo dentro de la Iglesia que recrea el ambiente del Cenáculo: oración, comunión y misión, en continua docilidad al Espíritu Santo.

Significa comprometerse a vivir "con" la Iglesia: "Sentir con la Iglesia", como decían los Padres de la Iglesia, abrazando los grandes ideales de la Iglesia.

¹ Véase LG cap. VIII (toda la segunda parte del documento: "María en el misterio de la Iglesia)

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

Cada uno de nosotros debe fomentar el deseo y el compromiso por la unidad de la Iglesia, en primer lugar, por la que oró Jesús antes de su pasión (cf. Jn 17). Permanecer con María en el Cenáculo significa desear que todos los hijos de Dios estén reunidos en torno a la Eucaristía. Hoy, los que creen en Cristo no están todavía plenamente unidos. Debemos sentir la responsabilidad de rezar por la unidad de los cristianos y de participar en la obra de la evangelización, que es la prolongación de la misión materna de María. Como discípulos misioneros, somos conscientes de que la Palabra del Señor está muy lejos de cumplirse: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,15); "Pero recibiréis poder cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8).

El Movimiento de la MI

En la espiritualidad Kolbe, esta dimensión eclesial no es simplemente un corolario, aunque importante. Es un punto de cualificación.

En la visión de San Maximiliano, la auténtica consagración a María no existe si no está referida a la Iglesia, especialmente en referencia a la misión de la Iglesia.

Podríamos decir que lo verdaderamente original en San Maximiliano, respecto a otras formas de consagración a María en la Iglesia, es precisamente su dimensión misionera y universal.

Fundó el Movimiento de la MI en 1917, cuando todavía era un joven, con pocos recursos, pero con un gran ideal en su corazón. Con el paso del tiempo, ese ideal se haría cada vez más claro: "Ganar el mundo entero para Cristo por medio de la Inmaculada"²; "Abrazar el globo entero "...para que extienda su dominio en los corazones de todos los que viven en cualquier rincón de la tierra" (EK 1210).

En la carta original de la MI, San Maximiliano delineó las características del movimiento de la MI; indicó la meta de su Movimiento con estas palabras:

"Lograr la conversión de los pecadores, herejes, cismáticos, etc., especialmente de los francmasones, y la santificación de todos, bajo el patrocinio y por mediación de la B.V.M. Inmaculada" (EK 1368). Para conseguir este propósito, San Maximiliano consideraba como condición esencial la consagración total a la Inmaculada (ibid.).

San Maximiliano fundó la MI con un objetivo claro: que todos se conviertan y lleguen a ser santos. Quien se consagra a la Inmaculada en el Movimiento de la MI abraza la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio a todos los hombres, hasta los confines de la tierra, colaborando en el cuidado maternal de María por los hermanos de su Hijo, que continúa hasta conducirlos a la felicidad de su verdadero hogar (LG 62). En este contexto encontramos también a San Maximiliano. El don carismático que recibió es la intuición espiritual sobre el papel materno de María en la Iglesia y en la vida de cada persona, y la intuición sobre el hecho de que esta Madre nos impulsa a colaborar en su misión materna³.

El don de Jesús desde la Cruz es la fuente del carisma del movimiento de la MI: el don de su Madre a Juan, que tuvo lugar en el momento culminante del misterio de la redención. Esta maternidad recibida nos llama a hacer que Cristo nazca, a través de la Madre, en el corazón de todos los hombres.

Vamos a referirnos de nuevo a un texto que define maravillosamente la identidad y la misión de la MI: "Esa es la MI: dejarla entrar en todos los corazones, hacerla nacer dentro de todos los corazones, para que entrando en esos corazones y tomando posesión perfectísima de ellos, pueda allí dar a luz al dulce Jesús, Dios, y allí elevarlo a la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión! ... ¿No es verdad? ... La elevación del hombre a Dios-Hombre, por medio de la madre del Dios-Hombre" (EK 508).

2. Cf. EK 382. La abreviatura EK (KW) se refiere al orden numérico utilizado en la edición inglesa de The Writings of St. Maximilian Maria Kolbe, Nerbini International, Lugano, 2016.

3. Cf. EK 1220.

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

Esta colaboración en la misión maternal de María puede llevarse a cabo de diferentes maneras.

San Maximiliano indicó tres niveles de pertenencia y participación en la MI: al 1er nivel (MI-1) pertenecen los que viven su consagración individualmente. A la MI-2 pertenecen los que viven comunitariamente la espiritualidad de la MI, para realizar sus objetivos juntos, así como individualmente, y cumplir así la misión mariana que Dios ha confiado al Movimiento.

Finalmente, al 3er nivel (MI-3) pertenecen aquellos que viven una dedicación total al ideal y al apostolado de la MI, como sucede por ejemplo en las Ciudades de la Inmaculada, en los Institutos de inspiración kolbiana, y también miembros individuales de la MI que se esfuerzan por estar totalmente dedicados a los ideales y a la misión de la MI.

Estas diferentes formas de participación en el Movimiento han sido confirmadas en los Estatutos generales de la MI, al ser reconocida por la Santa Sede como una asociación pública de fieles, universal e internacional, es decir, una asociación con la que la Iglesia se identifica y que actúa en nombre y por mandato de la Iglesia universal.

Por tanto, la MI es verdaderamente una gran familia eclesial en la que cada uno puede encontrar su lugar. Acoger la llamada a la consagración mariana en el espíritu de San Maximiliano significa aceptar la invitación a vivir una experiencia de Iglesia, en una realidad eclesial que se extiende por todo el mundo con más de cuatro millones de miembros en todo el mundo.

Preguntas para discusión:

- ¿Quieres tú también acoger a María en tu vida y participar en su misión maternal en la Iglesia y en el movimiento de la MI?

Compromiso en nuestra vida:

Rezar diariamente el Santo Rosario.